

tró con la cabeza apoyada en las dos manos: — «¿Qué es la guerra? decía: Un oficio de bárbaros, donde todo el arte consiste en ser el mas fuerte sobre un punto dado.» Quéjase de la inconstancia de la fortuna, envía á examinar la posición del enemigo, le refieren que las fogatas lucen con el mismo brillo y en igual número, y se tranquiliza entonces. A las cinco de la mañana le envía Ney á pedir la orden de ataque: Bonaparte sale, y exclama: — «Vamos á abrir las puertas de Moscou.» El día aparece, y señalando Napoleon al Oriente, que comenzaba á colorarse, exclamó: — «¡Hé allí el sol de Austerlitz!»

Majaisk 12 de setiembre de 1812.

EXTRACTO DEL DECIMO OCTAVO BOLETIN DEL GRANDE EJERCITO.

«El 6, á las dos de la mañana, recorrió el emperador las vanguardias enemigas, y se pasó el día en reconocimientos. El enemigo tenía una posición muy cerrada.

«Esta posición pareció hermosa y fuerte. *Era fácil maniobrar y obligar al enemigo á evacuarla, pero esto hubiera aplazado la partida.*

«El 7, á las seis de la mañana, el general conde Sorbier, que había armado la batería de artillería de la reserva de la guardia, comenzó el fuego.

A las seis y media fue herido el general Compans, y á las siete mataron el caballo al príncipe de Eckmühl.

«A las siete se pone en movimiento el mariscal duque de Elchingen, y protegido por sesenta piezas de artillería que el general Foucher había colocado la víspera contra el centro del enemigo, se dirige sobre él. Mil bocas de fuego vomitaban de una parte y otra la muerte.

«A las ocho son tomadas las posiciones y reductos del enemigo, y nuestra artillería corona sus alturas.

«Quedaban al enemigo sus reductos de la derecha; el general conde Morand marcha á ellos, y los toma; pero atacado por todas partes á las nueve de la mañana, no puede ya mantenerse en ellos. Animado el enemigo con este triunfo, hace avanzar sus reservas y sus últimas tropas, para probar otra vez fortuna. La guardia imperial rusa hace parte de estas, y ataca nuestro centro, sobre el cual se había atrincherado la derecha. Por un momento se teme que se apodere de la aldea incendiada: la division Friant se dirige á este punto, y ochenta piezas de artillería francesa detienen primero y destruyen en seguida las columnas enemigas, que por espacio de dos horas se mantienen unidas ante la metralla, no atreviéndose á avanzar ni á retroceder, y renunciando á la esperanza de la victoria. El rey de Nápoles decide su incertidumbre; hace cargar el cuarto cuerpo de caballería, que penetra en las brechas que la metralla de nuestros cañones ha hecho en las masas apretadas de los rusos y los escuadrones de sus coraceros: por todas partes se desbandan.

«Son las dos de la tarde, y toda esperanza abandona al enemigo: la batalla está concluida; el fuego de cañón continúa todavía, mas ya solo se bate por su retirada y su salvación, y no por la victoria.

«Nuestra pérdida total puede evaluarse en diez mil hombres; la del enemigo en cuarenta ó cincuenta mil.

Jamás se ha visto semejante campo de batalla. De seis cadáveres; había un francés y cinco rusos. Cuarenta generales rusos han sido muertos, heridos ó prisioneros: el general Bagration fue herido.

«Nosotros hemos perdido el general conde Montbrun, muerto de una bala de cañón; el general conde Caulincourt, que había sido enviado para reemplazarle, muere de la misma manera una hora despues.

«Los generales de brigada Dompere, Planzonne, Marion, Huart, han sido muertos: siete ú ocho generales han sido heridos, la mayor parte levemente. El príncipe de Eckmühl ha salido ileso. Las tropas francesas se han cubierto de gloria, y han demostrado su superioridad sobre las rusas.

«Tal es, en pocas palabras, el croquis de la batalla de la Moskowa, dada á dos leguas á retaguardia de Mojaisk, y á veinte y cinco leguas de Moscou.

«El emperador no se ha expuesto jamás; la guardia de á pié y de á caballo no ha dado ni perdido un solo hombre: la victoria jamás ha sido incierta. Si el enemigo, forzado en sus posiciones, no hubiera querido reconquistarlas, nuestra pérdida habría sido mas fuerte que la suya; pero destruyó su ejército, teniéndolo desde las ocho hasta las dos bajo el fuego de nuestras baterías, y obstinándose en recuperar lo que había perdido. Esta es la causa de su inmensa pérdida.»

Este boletín, frío y lleno de reticencias, está muy lejos de dar una idea de la batalla de la Moskowa, y sobre todo de la horrible mortandad en el gran reducto: ochenta mil hombres quedaron fuera de combate, y treinta mil de ellos pertenecían á la Francia. Augusto de la Rochejacquelein sacó el rostro partido de un sablazo, y quedó prisionero de los moscovitas: él recordaba otros combates y otra bandera. Pasando Bonaparte revista al regimiento número 61, dijo al coronel: — «Coronel, ¿qué habeis hecho de uno de vuestros batallones? — Señor, está en el reducto.» Los rusos han sostenido siempre y sostienen aun haber ganado la batalla, y van á levantar una columna triunfal fúnebre en las alturas de Borodino.

La relación de Mr. de Segur va á suplir lo que falta al boletín de Bonaparte:

«El emperador recorrió el campo de batalla, dice. Jamás ninguno fue de tan horrible aspecto: todo concurría á ello; un cielo oscuro, una lluvia fría, un viento fuerte, habitaciones convertidas en ceniza, una llanura destruida y cubierta de ruinas y escombros: en el horizonte, la triste y sombría verdura de los árboles del Norte; por todas partes soldados errantes entre cadáveres y buscando alimento hasta en las mochilas de sus compañeros muertos: horribles heridas, porque las balas rusas son mas gruesas que las nuestras; vivaques silenciosos, y nada de cánticos ni de relaciones.

«Enredador de las águilas veíase el resto de los oficiales y sargentos, y algunos soldados, apenas los necesarios para custodiar la bandera. Sus uniformes estaban desgarrados por el encarnizamiento del combate, ennegrecidos por la pólvora, manchados de sangre, y, sin embargo, en medio de estos harapos, de esta miseria, de este desastre, todos tenían un aspecto fiero, y aun al aspecto del enemigo daban algunos gritos de triunfo, aunque raros y excitados; porque en este ejército, capaz á un tiempo de análisis y de entusiasmo, cada cual juzgaba de la posición de todos.

«El emperador no pudo evaluar su victoria sino por los muertos. La tierra estaba de tal modo cubierta de franceses tendidos sobre los reductos, que parecía portencerles mas que á los que quedaban de pié: parecía haber allí mas vencedores muertos que vencedores vivos.

«En esta multitud de cadáveres, sobre los cuales era preciso marchar para seguir á Napoleon, el casco

de un caballo chocó contra un herido, y le arrancó el último signo de vida ó de dolor. El emperador, hasta entonces mudo como su victoria, y á quien oprimía el aspecto de tantas víctimas, rompió en cólera, y se aplacó luego por gritos de indignación y por una multitud de cuidados que hizo prodigar á este infeliz. Despues dispersó á los oficiales que le seguían, para que socorriesen á los que se oían gritar por todas partes.

«Encontrábanse principalmente en el fondo de los fosos, donde habían sido precipitados la mayor parte de los nuestros, y adonde muchos se habían arrastrado para estar mas al abrigo del enemigo y del huracán. Los mas ancianos esperaban la muerte con aire impasible ó sardónico, sin implorar ni quejarse: otros pedían que los mataran al instante; mas pasaban rápidamente al lado de estos infelices, á quienes no tenían ni la inútil piedad de socorrer, ni la piedad cruel de acabar con su vida.»

Tal es la relación de Mr. de Segur. ¡Anatema á las victorias no alcanzadas en la defensa de la patria, y que solo sirven á la vanidad de un conquistador!

La guardia, compuesta de veinte y cinco mil hombres escogidos, no se comprometió en la Moskowa; Bonaparte se negó á ello bajo diversos pretextos. Contra su costumbre, estuvo lejos del fuego, y no podía seguir con sus propios ojos las maniobras. Sentábase ó paseábase cerca de un reducto tomado la víspera, y cuando llegaban á anunciarle la muerte de algunos de sus generales, hacia un gesto de resignación. Mirábase con sorpresa esta impasibilidad, y Ney exclamaba: — «¿Qué hace detrás del ejército? Ahí solo puede alcanzar reveses y no triunfos: puesto que ya no hace la guerra por sí mismo, que ya no es general, que solo quiere hacer por todas partes el emperador, que se vuelva á las Tullerías y nos deje ser generales por él.» Murat confesaba que en esta gran jornada no había reconocido el genio de Napoleon.

Admiradores sin reserva han atribuido la inercia de Napoleon á la complicación de los males de que, aseguran, estaba entonces acometido, y afirman que á cada momento se veía obligado á apearse, y que muchas veces permanecía inmóvil, con la frente apoyada en alguno de sus cañones. Es posible que así fuese; un malestar pasajero podía contribuir en aquel momento á la postración de su energía; pero si se nota que recuperó esta energía en la campaña de Sajonia y en su famosa campaña de Francia, será preciso buscar otra causa de su inacción en Borodino. ¿Cómo! ¿Confesais en vuestro boletín que *era fácil maniobrar y obligar al enemigo á evacuar su posición, pero que esto hubiera aplazado la partida*; y vos, que tenéis bastante actividad de ánimo para mandar á la muerte tantos millares de nuestros soldados, no tenéis bastante fuerza de cuerpo para ordenar á vuestra guardia que al menos fuese en su socorro? Esto no tiene mas explicación que la naturaleza misma del hombre: la adversidad llegaba, y le heló á su primer alcance. La grandeza de Napoleon no era de esa cualidad que pertenece al infortunio, solo la prosperidad le dejaba enteras sus facultades, pues no estaba hecho para la desgracia.

MARCHA ADELANTE DE LOS FRANCESES.—ROSTOPSHINO. —BONAPARTE EN EL MONTE DE LA SALVACION.—VISTA DE MOSCOU.—ENTRADA DE NAPOLEON EN KREMLIN.—INCENDIO DE MOSCOU.—BONAPARTE LLEGA CON DIFICULTAD Á PETROSWKI.—ESCRITO DE ROSTOPSHINO.—RESIDENCIA EN LAS RUINAS DE MOSCOU.—OCUPACIONES DE BONAPARTE.

Entre la Moskowa y Moscou comprometió Murat

una acción delante de Mojaisk. Al entrar en la ciudad encontraron diez mil muertos ó moribundos: aquellos fueron arrojados por las ventanas para alojar á los vivos. Los rusos se replegaban en buen orden sobre Moscou.

En la noche del 13 de setiembre había reunido Kutuzoff su consejo de guerra, en el cual declararon los generales que *Moscou no era la patria*. Buturlin (*Historia de la campaña de Rusia*), el mismo oficial que Alejandro envió al cuartel del duque de Angulema en España, y Barclay en su *Memoria justificativa*, dan los motivos que determinaron la opinión del consejo. Kutuzoff propuso al rey de Nápoles una suspensión de armas, mientras que los soldados rusos atravesarian la antigua capital de los czares. La suspensión fue aceptada, porque los franceses querían conservar la ciudad: solo Murat estrechaba de cerca la retaguardia enemiga, y nuestros granaderos pisaban en los talones al granadero ruso que se retiraba; pero Napoleon estaba lejos del triunfo que creía tocar: Kutuzoff ocultaba á Rostopshino.

El conde Rostopshino era gobernador de Moscou. La venganza prometía bajar del cielo: un globo monstruoso, construido con mucho gasto, debía cerne sobre el ejército francés, coger al emperador en medio y caer sobre su cabeza en una lluvia de hierro y de fuego: en el ensayo se rompieron las alas del ariel, y fue preciso renunciar á la bomba de las nubes; pero quedaron los artificios á Rostopshino. Las nuevas del desastre de Borodino habían llegado á Moscou, en tanto que, por su boletín de Kutuzoff, creían aun en la victoria en el resto del imperio. Rostopshino había hecho diversas proclamas en prosa rimada, y decía:

«¡Vamos, mis amigos moscovitas; marchemos también! Reuniremos cien mil hombres, tomaremos la imagen de la Santa Virgen, ciento cincuenta piezas de artillería, y pondremos fin á todo.»

Aconsejaba á los habitantes que se armasen sencillamente de hoces, porque un francés no pesaba mas que una yerba. Sabido es que Rostopshino ha declinado toda participación en el incendio de Moscou, y también que Alejandro no se ha explicado jamás sobre este punto. ¿Ha querido Rostopshino ponerse á cubierto de los cargos de los nobles y comerciantes cuya fortuna había perecido? ¿Ha temido Alejandro ser llamado *un bárbaro* por el instituto? Este siglo es tan miserable, y Bonaparte había acaparado de tal modo todas las grandezas, que cuando sucedía alguna cosa digna, todos negaban tener participación en ella y rechazaban la responsabilidad.

El incendio de Moscou será siempre una resolución heroica que salvó la independencia de un pueblo y contribuyó á la libertad de muchos otros. Numancia no ha perdido sus derechos á la admiración de los hombres. ¿Qué importa que Moscou haya sido quemada? ¿No lo había sido ya siete veces? ¿No está hoy brillante y rejuvenecida, á pesar de que el boletín de Napoleon predijera que *el incendio de esta capital retrasaría la Rusia cien años*? «La misma desgracia de Moscou, dice admirablemente Mad. de Staël, ha regenerado el imperio: esta ciudad religiosa ha perecido como un mártir cuya sangre derramada da nuevas fuerzas á los hermanos que le sobreviven.» (*Diez años de destierro*).

¿Dónde estarían las naciones, si Bonaparte, desde lo alto de Kremlin, hubiera cubierto al mundo con su despotismo; como con un paño mortuorio? Los derechos de la especie humana pasan antes que todo: para mí, aun cuando la tierra fuese un globo de explosión, no vacilaría en prenderle fuego si se tratase de libertar á mi país. Sin embargo, necesitase nada menos que los intereses superiores de la libertad humana para

que un francés, cubierta la cabeza con un crespon y los ojos llenos de lágrimas, pueda resolverse á referir una resolución que debía ser fatal á tantos franceses.

Se ha visto en París al conde Rostopschino, hombre instruido y de talento: en sus escritos se oculta el pensamiento bajo ciertas bufonadas: especie de bárbaro ilustrado, de poeta irónico y aun depravado, capaz de disposiciones generosas, al mismo tiempo que despreciaba á los pueblos y á los reyes: las iglesias góticas admitten en su grandeza decoraciones grotescas.

La confusión había comenzado en Moscou; los caminos de Cazan estaban cubiertos de fugitivos á pié, en carruajes, aislados ó acompañados de servidores. Un presagio había reanimado por un momento los ánimos: un buitre se había enredado en las cadenas que sostenían la cruz de la iglesia principal; Roma, como Moscou, hubiera visto en este presagio el cautiverio de Napoleón.

Al presentarse los inmensos convoyes rusos á las puertas, se desvaneció toda esperanza. Kutuzoff había lisonjeado á Rostopschino con defender la ciudad con noventa y un mil hombres que le quedaban; pero ya hemos visto que el consejo de guerra le obligaba á retirarse. Rostopschino se quedó solo.

Cae la noche: unos emisarios van llamando misteriosamente á las puertas, y anuncian que es preciso partir, y que Nive está condenada. Materias inflamables son introducidas en los edificios públicos, en los bazares, en las tiendas y en las casas particulares, llevándose las bombas. Entonces ordena Rostopschino abrir las cárceles: de en medio de una tropa inmunda se hace salir un ruso y un francés: el ruso perteneciente á una secta de inspirados alemanes, estaba acusado de haber querido entregar su patria y de haber traducido la proclama de los franceses. Su padre acude, y el gobernador le concede un momento para bendecir á su hijo.—«¡Yo bendecir á un traidor!» exclama el viejo moscovita: y le maldice. El preso es entregado al furor del populacho.

—«Pero tú, dice Rostopschino al francés, que debías desear la llegada de tus compatriotas, sé libre, y vé á decir á los tuyos que la Rusia no ha tenido mas que un traidor, y que ya ha sido castigado.»

Los otros malhechores puestos en libertad reciben con su gracia las instrucciones para proceder al incendio cuando el momento sea llegado. Rostopschino sale el último de Moscou como un capitán de navío sale el último de bordo en un naufragio.

Napoleón había alcanzado á su vanguardia: una altura quedaba por salvar, altura que tocaba á Moscou del mismo modo que Montmartre toca á París, y que se llamaba el Monte de la salvación, porque los rusos oraban allí, á la vista de la ciudad santa, como los peregrinos al distinguir á Jerusalén. Moscou con sus cúpulas doradas, dicen los poetas eslavos, resplandecía á la luz del sol con sus doscientas noventa y cinco iglesias, sus mil quinientos palacios, sus casas cinceladas y pintadas de amarillo, verde ó rosa; solo faltaban allí los cipreses y el Bósforo. El Kremlin hacia parte de esta masa cubierta de hierro bruñido ó pintado. En medio de elegantes casas de campo de ladrillo ó de mármol, el Moscou corria entre montes adornados de bosques de pinos, palmeras de este cielo. Venecia, en los días de su gloria, no fue mas brillante en las orillas del Adriático. El 14 de setiembre, á las dos de la tarde, fue cuando Bonaparte, con un sol adornado de los diamantes del polo, distinguió su nueva conquista. Moscou, como una princesa europea en los confines de su imperio, adornada con todas las riquezas del Austria, parecía llevada allí para desposarse con Napoleón.

Levántase una aclamación unánime.—«¡Moscou, Moscou!» exclaman nuestros soldados, y baten pal-

mas: en los tiempos de la antigua gloria, gritaban en los reveses ó en la prosperidad ¡viva el rey! «Fue un hermoso momento, dice el teniente coronel Bandus, aquel en que el magnífico pavorama presentado por el conjunto de esta ciudad inmensa se ofreció de repente á mis miradas. Siempre me acordaré de la emoción que se manifestó en las filas de la division polaca, y me llamó tanto mas la atención, cuanto que se puso de manifiesto por medio de un movimiento impregnado de una idea religiosa. Al distinguir á Moscou, los regimientos enteros se hincaron de rodillas, y dieron gracias al Dios de los ejércitos por haberlos conducido por la victoria á la capital de su enemigo mas encarnizado.»

Las aclamaciones cesan, y bajan mudos hácia la ciudad: ninguna diputación sale por sus puertas para presentar las llaves en u a bandeja de plata, el movimiento de la vida estaba suspendido en la gran ciudad. Moscou vacilaba silenciosa ante el extranjero, y tres días despues había desaparecido. La circasiana del Norte, la bella desposada, se había tendido sobre su fúnebre pira.

Cuando aun está de pié la ciudad, exclama Napoleón dirigiéndose á ella:—«¡Héla allí, esa ciudad famosa!» y la contemplaba: Moscou abandonada, se parecía á la ciudad llorada en *Las Lamentaciones*. Ya Eugenio y Poniatowski han penetrado en las murallas, y algunos oficiales que han andado por la ciudad vuelven y dicen á Napoleón:—«¡Moscou está desierta!»—«¡Moscou desierta? ¡Eso es inverosímil! Que me traigan los boyardos.» No hay boyardos, sino algunos pobres que se ocultan, calles abandonadas, ventanas cerradas, y ni el mas ligero humo sale por los cañones de las chimeneas, por donde pronto saldrán torrentes de él. Ni el mas ligero rumor se advierte. Bonaparte se encoge de hombros.

Habiéndose adelantado Murat hasta el Kremlin, es recibido allí por los ahullidos de los presos puestos en libertad para librar á su patria. Fue preciso echar abajo las puertas á cañonazos.

Napoleón se había dirigido á la puerta de Dorogomilow, y deteniéndose en una de las primeras casas del arrabal, hizo una correría á orillas del Moskowa, donde no encontró á nadie, y volvió á su alojamiento para nombrar al mariscal Mortier gobernador de Moscou, al general Durosnet comandante de la plaza, y á Mr. de Lesseps encargado de la administración en calidad de intendente. La guardia imperial y las tropas estaban de toda gala para presentarse ante un pueblo ausente. Pronto supo Bonaparte que la ciudad estaba amenazada de algun suceso: á las dos de la mañana vienen á decirle que comienza el fuego, y el vencedor sale del arrabal de Dorogomilow, y corre á guarecerse al Kremlin: esto era la mañana del 15. Bonaparte experimentó un momento de alegría al penetrar en el palacio de Pedro el Grande: su orgullo satisfecho escribió algunas palabras á Alejandro á la reverberación del bazar, que comenzaba á arder, como en otro tiempo Alejandro, vencido, le escribió un billete desde el campo de Austerlitz.

Veíanse en el bazar largas filas de tiendas todas cerradas. Al principio se contiene el incendio; pero la segunda noche estalla por todas partes, y los globos lanzados por los artificios revientan y caen en copos luminosos sobre los palacios y las iglesias. Una brisa violenta empuja las chispas y lanza las mechas encendidas sobre el Kremlin, que encerraba un almacén de pólvora y un parque de artillería que habían dejado al pié mismo de las ventanas de Bonaparte. De barrio en barrio son arrojados nuestros soldados por los effluvis del volcan. Gorgonas y Medusas con la antorcha en la mano, recorren las encrucijadas lividas de este infierno, y otras van atizando el fuego con increíble furia. Bonaparte, en los salones de la nueva Pérgamo, se precipita á las ventanas y exclama:

ma:—«¡Qué resolución tan extraordinaria! ¡Qué hombres! ¡Son Escitas!»

Espárese el rumor de que el Kremlin está minado: todo comienza á abrasarse, y la torre del Arsenal como un enorme cirio, arde en medio de un santuario incendiado. El Kremlin no es ya mas que una isla negra, contra la cual se estrella un mar ondulado de fuego. Reflejando el cielo la iluminación, se ve como atravesado por las claridades móviles de una aurora boreal.

Caía la tercera noche, y apenas se respiraba en medio de un vapor sofocante: dos veces han fijado mechas encendidas en el edificio que ocupaba Napoleón. ¿Cómo huir? Las llamas bloquean las puertas de la ciudadela, y rebuscando por todas partes, se descubre una poterna que daba sobre el Moskowa. El vencedor con su guardia huye por este agujero de salvación. En rededor suyo en la ciudad, las bóvedas se hienden mugiendo, y los campanarios de donde corren torrentes de metal líquido, se inclinan, se desprenden de su base, y caen. Todo cruje, se parte en astillas y se derrumba, se abisma en un Phlegeton cuyo cristal ardiente hace resaltar en millones de chispas de oro. Bonaparte escapa, marchando sobre los carbones ya frios de un barrio reducido á cenizas, y llega á Petrowsky, ciudad del czar.

Criticando el general Gourgaud la obra de Mr. de Segur, acusa al oficial de órdenes del emperador de haberse equivocado: en efecto, está probado, por la redacción de Mr. de Bandus, ayudante de campo del mariscal Bessieres, y que él mismo sirvió de guía á Napoleón, que este no se evadió por una poterna, sino que salió por la puerta principal de Kremlin. Desde la orilla de Santa Elena volvía á ver Napoleón quemarse la ciudad de los Escitas:—«Jamás, dijo, y á despecho de la poesía, todas las ficciones del incendio de Troya igualarán la realidad del de Moscou.»

Recordando anteriormente esta catástrofe, escribe Bonaparte:—«Mi ángel malo se me apareció, y anunció mi fin, que he encontrado en la isla de Elba.» Kutuzoff se dirigió primero en su camino hácia el Oriente, y luego torció al Mediodía. Su marcha de noche iba medio alumbrada por el incendio lejano de Moscou, del cual salía un zumbido prolongado y lúgubre: hubiérase dicho que una campana, á la cual jamás se hubiera podido subir á causa de su enorme peso, había sido suspendida mágicamente en lo alto de un campanario incendiado para tocar á muerto. Kutuzoff llegó á Voronow, posesión del conde Rostopschino, y apenas había distinguido la soberbia morada, se sumerge en el torrente de nueva conflagración. Sobre la puerta de hierro de una iglesia se leía este escrito: *Scritta morta*, de mano del propietario: «Por espacio de ocho años he embellecido esta campiña, y en ella he vivido feliz en el seno de mi familia; los habitantes de esta tierra, en número de mil setecientos veinte, la abandonan á vuestra aproximación, y yo pongo fuego á mi casa para que no sea manchada con vuestra presencia. Franceses, os he abandonado mis dos casas de Moscou, con un mobiliario de millon y medio de rubios: aquí solo encontrareis cenizas.—ROSTOPSCHINO.»

Bonaparte había admirado en el primer momento los fuegos y los Escitas, como un espectáculo presentado á su imaginación; pero pronto le enfrió el mal que causaba esta catástrofe, y le hizo volver á sus imperiosas diatribas. Al enviar la carta de Rostopschino á Francia, añade:—«Parece que Rostopschino está loco, y los rusos le miran como una especie de Marat.» Quien no comprenda la grandeza en los otros, no comprenderá la suya cuando sea llegado el tiempo de los sacrificios.

Alejandro había sabido sin abatimiento su adversidad.—«¡Retrocederemos nosotros, escribía en sus instituciones circulares, cuando la Europa nos alien-

ta con sus miradas? Sirvámosla de ejemplo, y saludemos la mano que nos escoge para ser la primera de las naciones en la causa de la virtud y de la libertad.» Seguía una invocación al Altísimo.

Un estilo en el que se encuentran las palabras de Dios, de virtud, de libertad, es poderoso, y agrada á los hombres, los tranquiliza y consueta. ¡Cuán superior es á esas frases afectadas, tristemente robadas, de las locuciones paganas y fatalizadas á lo turco: fue, han siao, la fatalidad los arrástra!... Fraseología estéril, siempre vana, aun cuando esté apoyada en las mas grandes acciones.

Salió Napoleón de Moscou en la noche del 15 de setiembre y volvió el 18. Al volver había encontrado hogueras encendidas sobre el fango, y alimentadas con ricos muebles y artesonados dorados. En rededor de ellas, al aire libre, estaban militares ennegrecidos, derrotados, haraposos, tendidos sobre caupés de seda, ó sentados en sillones de terciopelo, sirviéndoles de alfombra sobre el lodo chales de cachemira, pieles de Siberia, tejidos de oro de Persia, y comiendo en platos de plata una pasta negra ó la carne sanguinolenta del caballo.

Habiendo comenzado un pillaje irregular, se le regularizó; cada regimiento tuvo su turno. Campesinos, echados de sus barracas, y cosacos desertores del enemigo, rodaban alrededor de los franceses, y se alimentaban de lo que nuestras compañías habían ya roído. Llevábanse todo lo que podían coger, pero pronto, sobrecargados con estos despojos, los arrojaban al acordarse que estaban á seiscientas leguas de sus hogares.

Las correrías que se efectuaban en busca de víveres producian escenas patéticas: una compañía francesa llevaba una vaca y una mujer, acompañada de un hombre que llevaba en sus brazos un niño de algunos meses, se adelantó y señaló con el dedo la vaca que acababan de robarle. La madre desgarró los miserables vestidos que cubrían su pecho para demostrar que ya no tenía leche, y el padre hizo un movimiento, como si hubiera querido estrellar la cabeza del niño contra una piedra. El oficial hizo devolver la vaca, y añade: «El efecto que esta escena produjo en mis soldados fue tal, que por mucho tiempo no se pronunció una sola palabra en las filas.»

Bonaparte había cambiado de sueño, y declaraba que quería marchar sobre San Petersburgo: ya trazaba el camino sobre sus mapas, y explicaba la excelencia de un nuevo plan y la certidumbre de entrar en la segunda capital del imperio.—«¿Qué tiene que hacer ya en estas ruinas? ¿No basta á su gloria haber subido al Kremlin?» Tales eran las nuevas quimeras de Napoleón: el hombre tocaba á la locura, pero sus sueños eran aun los de un espíritu insensato.

«Solo distamos quince marchas de San Petersburgo, dice Mr. Fain; Napoleón piensa caer sobre esta capital.» En vez de quince marchas, en esta época, y en semejantes circunstancias, es preciso decir dos meses. El general Gourgaud añade que todas las noticias que se recibían de San Petersburgo anunciaban el miedo que se tenía al movimiento de Napoleón. Es cierto que en San Petersburgo no se dudaba del triunfo del emperador si se presentaba; pero también se preparaba á dejarle un segundo armazón de ciudad, y se disponían á la retirada sobre Archangel. No se somete una nación, cuya última fortaleza es el polo. Por otra parte, penetrando en el Báltico las escuadras inglesas, en la primera han rian reducido la toma de San Petersburgo á una simple destrucción.

Pero en tanto que la imaginación sin freno de Bonaparte jugaba con la idea de un viaje á San Petersburgo, se ocupaba seriamente de la idea contraria; su fe en su esperanza no era tal que le quitase todo

buen sentido. Su proyecto dominante era llevar á París una paz firmada en Moscou. De este modo se desembarazaba de los peligros de la retirada, habria llevado á cabo una brillante conquista, y entraria en las Tullerías con el ramo de oliva en la mano. Después del primer billete que habia escrito á Alejandro al llegar al Kremlin, no habia desperdiciado ninguna ocasión de renovar sus insinuaciones. En una conversacion benévola con un oficial general ruso, Mr. de Toutelmine, subdirector del hospicio de expósitos de Moscou, hospicio salvado milagrosamente del incendio, deslizó palabras favorables á un acomodo. Por medio de Mr. Jacowlef, hermano del antiguo ministro ruso en Stuttgart, escribió directamente á Alejandro, tomando aquel el compromiso de entregar la carta al czar sin intermediario. En fin, el general Lauriston fue enviado á Kutuzoff, que prometió sus buenos oficios para una negociacion pacífica, pero rehusó al general Lauriston entregarle un salvo-conducto para San Petersburgo.

Napoleon estaba persuadido siempre de que ejercia sobre Alejandro el imperio que habia ejercido en Tilsit y en Erfurt, y sin embargo, Alejandro escribia el 21 de octubre al principe Miguel Larcanowitz: «He sabido con extremado descontento que el general Benigsen ha tenido una entrevista con el rey de Nápoles.

. Todas las determinaciones de las órdenes que os son dirigidas por mi y deben convenceros de que mi resolucion es inalterable, y que en este momento ninguna proposicion del enemigo podria determinarne á concluir la guerra y á debilitar de este modo el deber sagrado de vengar la patria.»

Los generales rusos abusaban del amor propio y sencillez de Murat, comandante de la vanguardia: siempre encantado de la aficion de los cosacos, pedia prestados diges á sus oficiales para hacer presentes á sus cortesanos del Don; pero los generales rusos, lejos de desear la paz, la temian. A pesar de la resolucion de Alejandro, conocian la debilidad de su emperador, y temian la seduccion del nuestro; para la venganza, solo se trataba de ganar un mes, y esperar los primeros hielos: los votos de la cristianidad moscovita pedian al cielo que apresurase sus tempestades.

El general Wilson, en calidad de comisario inglés en el ejército ruso, habia llegado despues de haberse encontrado ya en Egipto, en el camino de Bonaparte. Fabvier, por su parte, habia vuelto de nuestro ejército del Mediodia al del Norte, y el inglés excitaba á Kutuzoff al ataque, sabiéndose que no eran buenas las noticias llevadas por Fabvier. Desde los dos extremos de Europa, los dos únicos pueblos que combatian por su libertad, se daban la mano por encima de la cabeza del vencedor en Moscou. La respuesta de Alejandro no llegaba; las estafetas de Francia se retardaron; la inquietud de Napoleon se aumentaba, y los paisanos decian á nuestros soldados:—«Vosotros no conocéis nuestro clima; en un mes el frio hará que se os caigan las uñas.» Milton, cuyo gran nombre lo engrandece todo, se expresa así cándidamente en su *Moscovia*: «Hace tanto frio en este país, que la savia de las ramas puestas al fuego se hiela al salir por el extremo opuesto á aquel que arde.»

Conociendo Bonaparte que un paso retrógrado dissipaba el prestigio y hacia desvanecer el terror de su nombre, no podia resolverse á bajar; á pesar de la advertencia del próximo peligro, se quedaba esperando de minuto en minuto respuestas de San Petersburgo. El que habia mandado con tantos ultrajes, suspiraba despues por algunas palabras misericordiosas del vencido. En el Kremlin se ocupó de un reglamento para la comedia francesa, y empleó tres noches en concluir esta magestuosa obra; discutió con

sus ayudantes de campo el mérito de algunos versos nuevos llegados de París, y en rededor suyo se admiraba la sangre fria del grande hombre, mientras que aun habia heridos de sus últimos combates, espirando con dolores atroces, y que por esta tardanza de algunos dias, sacrificaba á la muerte los cien mil hombres que todavía le quedaban. La servil estupidez del siglo pretendia hacer pasar esta lastimosa afectacion por la concepcion de un espíritu inconmensurable.

Bonaparte visitó los edificios del Kremlin. Bajó y subió la escalera sobre la cual hizo degollar Pedro el Grande á los Strelitz; recorrió la sala de los festines donde Pedro se hacia llevar prisioneros cuyas cabezas derribaba, proponiendo á sus convidados, príncipes y embajadores, que se divirtiesen de la misma manera. Entonces fueron enrodados algunos hombres y enteradas vivas algunas mujeres, aborcián ose dos mil Strelitz, cuyos cuerpos quedaron colgados alrededor de la muralla.

En vez del reglamento sobre los teatros, Bonaparte hubiera hecho mejor en escribir al senado conservador la carta que desde las orillas del Bruth escribia Pedro al senado de Moscou: «Os anuncio que engañado por falsos avisos, y sin que sea por culpa mia, me encuentro aquí encerrado en mi campo por un ejército cuatro veces mas fuerte que el mio. Si acontece que me hagan prisionero, ya no teneis que considerarme como vuestro czar y señor, ni hacer caso de ninguna orden que pudieran llevaros de parte mia, aun cuando reconociéseis en ella mi propia mano. Si debo morir, elegireis por sucesor al mas digno de entre vosotros.»

Un billete de Napoleon, dirigido á Cambaceres, contenia órdenes ininteligibles.

Deliberóse, y aun que la firma del billete contenia un nombre antiguo, habiéndose reconocido la letra por la de Bonaparte, se declaró que las órdenes ininteligibles debian ser ejecutadas.

El Kremlin contenia un doble trono para dos hermanos. Napoleon no participaba del suyo. Aun se veia en las salas la parihuela rota de un cañonazo, sobre la cual se hacia conducir Carlos XII herido en la batalla de Pultava. Siempre vencido en el orden de los instintos magnánimos, al visitar Bonaparte los sepulcros de los Czares, ¿recordó que en los dias de fiesta eran cubiertos con paños mortuorios soberbios; que cuando algun súbdito tenia alguna gracia que solicitar, ponía su memorial sobre uno de estos sepulcros, y que solo el Czar tenia el derecho de tomarlo de allí?

Estas quejas del infortunio, presentadas por la muerte al poder, no eran del gusto de Napoleon, que se ocupaba de otros cuidados. Mitad por deseo de engañar, mitad por naturaleza, pretendia, como al salir de Egipto, hacer venir comediantes de París á Moscou, y aseguraba que iba á llegar un cantante de Italia. Despojó las iglesias del Kremlin; cargó en sus acémilas ornamentos sagrados é imágenes de santos, con las medias lunas y las colas de caballos conquistadas á los mahometanos. Llevóse la inmensa cruz de la torre del gran Yoan con el proyecto de colocarla sobre la cúpula de los Inválidos. Mientras que la arrancaban de su sitio, volaban alrededor algunas cornejas, y Napoleon decia:—«¿Qué me quieren estos pájaros?»

Tocábase al momento fatal: Daru presentaba objeciones contra diversos proyectos que exponia Napoleon:—«¿Pues qué partido tomar! exclamó el emperador.—Permanecer aquí; hacer de Moscou un gran campo retrincherado; salvar los caballos que no podremos alimentar, y esperar la primavera; nuestros refuerzos y la Lituania armada vendrán á libertarnos y á terminar la conquista.—Ese es un consejo de Leon, ¿verdad Bonaparte; ¿pero qué diria París? La Fran-

cia no se acostumbraria á mi ausencia.—¿Qué se dice de mí en Atenas? preguntaba Alejandro.»

Cae entonces en incertidumbres: ¿marchará? ¿Se quedará? No lo sabe. Sucédense algunas deliberaciones, y al fin un combate empeñado en Winkovo el 18 de octubre le determina súbitamente á salir de los restos de Moscou con su ejército: este mismo dia, sin aparato, sin ruido, sin volver la cabeza, y queriendo evitar la ruta directa de Smolensk, se encamina por uno de los dos caminos de Kalonga.

Durante este tiempo se inclinaba el astro de su destino. Al fin despierta estrechado entre el invierno y una capital incendiada, y se desliza fuera de aquellos escombros: ya era demasiado tarde, y cien mil hombres estaban condenados. El mariscal Mortier, comandante de la retaguardia, tiene orden de hacer saltar el Kremlin al retirarse (1).

RETIRARA.

Engañándose Bonaparte ó queriendo engañar á los otros, escribió el 18 de octubre al duque de Basano una carta, que refiere Mr. Fain: «Para las primeras semanas de noviembre, decia, habré conducido mis tropas al cuadrado que existe entre Smolensk, Mohilow, Minsk y Witepsk. Me decido á este movimiento, porque Moscou no es ya una posicion militar, y voy á buscar otra mas favorable para el principio de mi campaña próxima. Las operaciones tendrán que dirigirse entonces sobre Petersburgo y sobre Kiow.» Miserable desvergüenza, si solo se trataba del efugio pasajero de una mentira; pero en Bonaparte, una idea de conquista, á pesar de la evidencia contraria de la razon, podia ser siempre una idea de buena fe.

Marchábase sobre Malojarslawetz, y á causa del embarazo de los bagajes y de los carros mal dispuestos de la artillería, el dia tercero de marcha aun se estaba á diez leguas de Moscou. Teniase la intencion de adelantar á Kutuzoff, y en efecto llegó á conseguirlo en Fominskoi la vanguardia del principe Eugenio. Aun quedaban cien mil hombres de infantería al principio de la retirada; la caballería era casi nula, excepto tres mil y quinientos ginetes de la Guardia. Habiendo alcanzado nuestras tropas el nuevo camino de Kalonga el dia 21, entraron el 22 en Berowsk, y el 23 ocupó á Malojarslawetz la division Deltors. Napoleon estaba muy contento, y se creia salvado.

La tierra tembló el 23 de octubre á la una y media de la mañana: ciento ochenta y tres mil libras de pólvora, colocadas bajo las bóvedas del Kremlin, derumbaron el palacio de los czares. Mortier, que hizo saltar el Kremlin, estaba reservado á la máquina infernal de Fieschi. ¿Qué de mundos pasados entre estas dos explosiones, tan diferentes por los tiempos y por los hombres!

Despues de este sordo mugido, se percibió un fuerte cañoneo al través del silencio en la direccion de Malojarslawetz: tanto como Napoleon habia deseado oír este ruido al entrar en Rusia, tanto temia distinguirlo al salir. Un ayudante de campo del virey anunció un ataque general de los rusos, y por la noche los generales Compans y Gerard llegaron en auxilio del principe Eugenio. Muchos hombres murieron por ambas partes; el enemigo consiguió ponerse

(1) Acaban de imprimirse en San Petersburgo los papeles de esta campaña encontrados en el gabinete de Alejandro despues de su muerte. Estos documentos daran mucha luz á esta parte de nuestra historia. Bueno será leer con precaucion las relaciones del enemigo, y sin embargo con menos desconfianza que los documentos oficiales de Bonaparte. Es imposible figurarse hasta qué punto alteró este la realidad: sus propias victorias se transformaban en novela en su imaginacion. Pero al cabo de estas relaciones fantasmagóricas, queda esta verdad: que Bonaparte, por una razon ó por otra, era dueña del mundo. (Paris, nota de 1841.)

á caballo en el camino de Kalonga, y cerraba así la entrada de la ruta intacta que se habia esperado seguir. No quedaba otro recurso que volver á caer en el camino de Mojoisk y entrar en Smolensk por los antiguos senderos de nuestras desgracias; aun se podia hacer esto, pues los pájaros del cielo no habian concluido de comerse todavía lo que nosotros habiamos sembrado para no perder las huellas.

Napoleon se alojó esta noche en Gorodnia, en una pobre casa, donde los oficiales, agregados á los diversos generales, no pudieron ponerse á cubierto. Reuniéronse al pié de la ventana de Bonaparte, que no tenia puertas ni cortinas, y por la cual se veia salir una luz. Mientras que los oficiales estaban en la mayor oscuridad por la parte de afuera, Napoleon estaba sentado en su miserable cuarto, con la cabeza apoyada sobre las dos manos: Murat, Berthier y Bessieres estaban en pié á su lado, silenciosos é inmóviles. No dió ninguna orden, y montó á caballo en la mañana del 25 para examinar la posicion del ejército ruso.

Apenas habia salido, cuando rodó hasta sus piés un peloton de cosacos. La viviente avalancha habia atravesado el Luja y ocultádose á la vista en las laderas de los bosques. Todo el mundo echó mano á la espada, y el emperador tambien; y si estos merodeadores hubieran tenido mas audacia, Napoleon quedaba prisionero. Las calles de Malojarslawetz, que habia sido incendiado, estaban llenas de cuerpos partidos á medias y mutilados por las ruedas de la artillería que habia pasado sobre ellos. Para continuar el movimiento sobre Kalonga, hubiera sido preciso dar una segunda batalla; pero el emperador no lo juzgó conveniente. Sobre este punto ha surgido una discusion entre los partidarios de Bonaparte y los amigos de los mariscales. ¿Quién dió el consejo de volver á tomar el primer camino recorrido por los franceses? Evidentemente fue Napoleon: nada le costaba pronunciar una gran sentencia fúnebre, pues estaba acostumbrado á ello.

De vuelta á Borowsk el 26, la mañana siguiente, cerca de Wercia, fueron presentados al gefe de nuestros ejércitos el general Vitzingerode y un ayudante de campo, el conde Nariskin, que se habian dejado sorprender entrando demasiado pronto en Moscou. Napoleon se arrebató, y exclama fuera de sí:—«¿Que fusilen ese general! Es un desertor del reino de Wurtemberg, y pertenece á la Confederacion del Rhin.» Desháchese en inectivas contra la nobleza rusa, y termina con estas palabras:—«Yo iré á San Petersburgo, y arrojaré esta ciudad en el Nawa, y súbitamente manda quemar un castillo que se distinguia sobre una altura: el leon herido acometia espumante á cuanto le rodeaba.

Sin embargo, en medio de estas cóleras dementes, cuando intimaba á Mortier la orden de destruir el Kremlin, se conformaba al mismo tiempo á su doble naturaleza. Escribia al duque de Treviso frases de sensibilidad, y pensando que sus misivas serian conocidas, le encargaba con un cuidado enteramente paternal que salvase los hospitales, «pues así, añadia, lo hice yo en San Juan de Acre.» ¡Pero en Palestina hizo fusilar á los prisioneros turcos, y sin la oposicion de Desgenettes hubiera envenenado á sus enfermos! Berthier y Murat salvaron al principe Vitzingerode.

Entre tanto nos perseguia Kutuzoff flojamente. Wilson apremiaba al general ruso para que obrase, y el general respondia:—«Dejad que venga la nieve.» Llegase el 29 de setiembre á las fatales colinas del Moskowa, y un grito de dolor y de sorpresa se escapa de nuestro ejército. Preséntanse inmensas carnicerías, ofreciendo á la vista cuarenta mil cadáveres diversamente consumidos. Grandes filas de esqueletos alineados parecian guardar aun la discipli-